

Inventar

***juntos las nuevas
mediaciones del libro***

Lorenzo

Soccavo

Fundación Germán

Sánchez Ruipérez

Inventar juntos las nuevas mediaciones del libro

Lorenzo Soccavo

Luis González: coordinador de la colección
Mariángeles Fernández: edición
Jorge Bermejo: maquetación y producción
Traducción: Icíar Alonso Araguás

© Lorenzo Soccavo, 2013

Prohibida la reproducción y la traducción sin autorización escrita del autor.

La enciclopedia mundial, la biblioteca universal, ya existe, y es el mundo.
Alberto Manguel, *La biblioteca de noche* (2007).

Sobre Lorenzo Soccavo

Lorenzo Soccavo es investigador independiente. Trabaja sobre el futuro del libro y de la lectura, y es autor de numerosas obras, entre ellas, *De la bibliothèque à la bibliosphère* (2011) y *Gutenberg 2.0, le futur du livre* (2007). Es el creador de la prospectiva del libro, materia que imparte docencia en el marco del Grupo ESTEN (*École Supérieure des Techniques d'Édition Numérique*) en Tours y en la Universidad París 13, donde es profesor contratado. Ha participado en numerosas publicaciones colectivas, entre ellas el volumen recientemente publicado por la Asociación francesa de bibliotecarios (ABF, mayo 2013) y titulado *Outils du web participatif en bibliothèque*. Es conferenciante habitual, y formador de bibliotecarios y de profesores documentalistas. En 2011 sugirió el término "bibliosfera" para plantear la postura de los bibliotecarios y de los lectores ante la bibliografía natural del mundo. De enero de 2012 a junio de 2013 ha estudiado la posibilidad de desarrollar nuevas mediaciones digitales para el libro y la lectura en la web 3d inmersiva. Actualmente continúa con sus experimentos basados en el empleo del software libre y de servicios innovadores para librerías y bibliotecas.

Índice

Sobre Lorenzo Soccavo	6
Nuestra maravillosa época de los incunables electrónicos	8
El interés de adoptar una perspectiva transhistórica	11
El desplazamiento de la biblioteca hacia los soportes de lectura	13
Reinventar la biblioteca en nosotros mismos	16
Del hipertexto al hiper-lugar	19
Sobre los lectores en el espejo del universo	21
Regenerar la mediación humana	23

A lo largo de la historia de la humanidad, la lectura y el mercado del libro han ido progresando y evolucionando gracias a las transformaciones de los soportes, que necesariamente condicionan los usos y las prácticas de los lectores. Actualmente vivimos una época de grandes mutaciones.

El paso de la edición impresa a la edición digital es solo un aspecto de una realidad mucho más compleja. Estamos viviendo una revolución copernicana: se trata de una revolución que, al transformar nuestra visión del mundo, modifica nuestra relación con el universo y altera nuestros puntos de vista científicos y filosóficos. Podríamos hablar en este caso de una auténtica metamorfosis de la mirada, del paso a un nuevo estadio de conciencia de nuestras sociedades, nuestras culturas y nuestras civilizaciones.

En este contexto, el concepto mismo de biblioteca como infraestructura mental y, al mismo tiempo, como superestructura social se sitúa en el centro de esta revolución, y muy bien podría convertirse en uno de los principales laboratorios de esta nueva era bautizada, por qué no, con el nombre de biblioceno.

Nuestra maravillosa época de los incunables electrónicos

Tal vez el paso de la edición impresa a la edición digital no sea más que un epifenómeno de una mutación antropológica más profunda, que afecta al lenguaje y a la especie humana.

Este fenómeno, que incluye, por un lado, el componente digital y todo lo que éste genera en el área de las tecnologías de la información y de la comunicación y, por otro, lo que algunos llaman “la gran convergencia”, la de las nanotecnologías, las biotecnologías y también las tecnologías de la inteligencia artificial y las ciencias cognitivas, es un fenómeno global que todos venimos observando en los últimos años y que está cambiando nuestra vida cotidiana.

La ambición que refleja este fenómeno, y que coincide con el ideal de los movimientos transhumanistas, sería lograr una lectura nítida del ser vivo, conseguir descifrar, por fin, el gran libro de la vida. Las metáforas del universo como biblioteca y de la biblioteca como espejo del universo siguen funcionando aquí de manera muy eficaz.

“El paso de la edición impresa a la digital es solo un aspecto de una realidad más compleja”

“La ambición sería descifrar, por fin, el gran libro de la vida”

En efecto, hoy en día cualquier observador atento y perspicaz se da cuenta de que la revolución de la lectura que estamos viviendo es más importante y tendrá, pues, consecuencias mucho mayores que la revolución de la imprenta en el siglo XVI.

Nuestra época actual podría ser la era de los incunables electrónicos, en alusión a los primeros textos impresos de los años 1450-1501 que todavía utilizaban los códigos de la edición manuscrita. Podríamos fijar como fecha de inicio de esta nueva era el 4 de julio de 1971, con la primera retranscripción de un texto en soporte informático, el EText#1. Era la *Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América*, digitalizada por el norteamericano Michael Hart, que poco después lanzaría el primer proyecto de biblioteca digital internacional, el *Proyecto Gutenberg*, tal como se le conoce desde entonces.

Ahora bien, en la era de los incunables electrónicos no se trata solo de una mutación en la técnica de reproducción de los textos, como sucedió en 1450. La incunabilidad electrónica se caracteriza, en primer lugar, por la metamorfosis del libro en general, en su condición de soporte y de continente, y, en segundo lugar, por la volatilidad de los libros como contenidos.

Podemos distinguir varios niveles de mutación.

Una mutación que se refleja en varios niveles

La adaptación a los cambios es generalmente asincrónica. Las tecnologías experimentan una evolución más rápida que los usos de las poblaciones, y estas a su vez evolucionan con mayor facilidad que las grandes empresas e instituciones. Esto puede querer decir que las prácticas de los usuarios de las bibliotecas evolucionan más rápido que las de los bibliotecarios mismos, quienes –según algunos– tienden más a la innovación de lo que sus propias instituciones les permiten.

La “gran mutación” en el entorno del libro y de la lectura actúa al menos en cuatro niveles diferentes, todos ellos relacionados con las bibliotecas. Distinguiremos aquí:

El primer nivel de mutación: las prácticas lectoras y documentales

Desde la irrupción de los ordenadores a principios de los años 1990 en el ámbito profesional y luego en el familiar, se observan cambios en las prácticas de lectura, de escritura y de aprendizaje, de búsqueda de información y de acceso a los documentos. Nos hemos ido habituando cada vez más a escribir con procesadores de texto, a utilizar buscadores y a consultar la web con regularidad.

En este sentido, podemos hoy constatar una modificación de las prácticas lectoras en tres niveles:

- 1^{er} nivel: una lectura menos lineal y más fragmentaria, fruto de la lectura que denominamos “enriquecida” o “aumentada”, hipertextual e intercalada con contenidos multimedia.
- 2^o nivel: una lectura social, fruto del desarrollo de las redes sociales, una lectura comentada, compartida y potencialmente enriquecida con la escritura de los llamados lectores colaboradores.
- 3^{er} nivel: una lectura conectada, fruto del desarrollo del *cloud computing*, una lectura en tiempo real (*streaming*), como sucede con la escucha de música o con los vídeos bajo demanda.

“La revolución de la lectura es más importante que la revolución de la imprenta”

“La gran mutación afecta al menos cuatro niveles, todos relacionados con las bibliotecas”

El segundo nivel de mutación: los dispositivos de lectura

Desde comienzos de los años 2000, el ordenador se ha ido imponiendo gradualmente como dispositivo de lectura, pero además han salido al mercado otros dispositivos, cada vez con mayor presencia en las bibliotecas. Más adelante nos detendremos en este punto tan importante. Pero lo que queremos destacar aquí es que el libro, y en general el soporte impreso, ya no es en 2013 la principal vía de acceso a los saberes, ni siquiera el principal soporte de la escritura. Seguramente esta transición solo se completará con las generaciones venideras. Los niños más pequeños que hoy se inician en el uso de las tabletas táctiles, cuando sean adolescentes no van a interesarse de manera espontánea por los libros impresos. ¿Seguirán acudiendo entonces a las bibliotecas si estas no se adaptan a los cambios?

El tercer nivel de mutación: el mercado del libro

Los cambios provocados por estos dos niveles de mutación, especialmente en las prácticas lectoras y en la difusión del libro, suponen una reconfiguración de la cadena del libro. Esta reconfiguración no está exenta de tensiones interprofesionales. Ahora bien, solo puede operar al ritmo, bastante pausado, de los cambios intergeneracionales que mencionábamos. En el caso de los bibliotecarios, se trata de la renovación generacional de los usuarios, pero también de la progresiva llegada de bibliotecarios jóvenes que son nativos digitales. En el caso del mercado del libro, a ello se añade la entrada de nuevos actores. Pueden ser, por ejemplo, editores exclusivamente digitales, o nuevos prestatarios de servicios de compatibilidad para formatos digitales, de interoperabilidad, o de gestión informatizada de las bibliotecas, entre otros.

Estas modificaciones en la economía del libro y de su difusión afectan a las bibliotecas en distintos niveles. El primero es el de los lectores, que cada vez disponen de mayores facilidades para consultar y descargar documentos a los que en otra época solo habrían podido acceder desplazándose a una biblioteca. En segundo lugar están las librerías electrónicas que secundan este movimiento, sobre todo ofreciendo a los internautas obras de dominio público a veces de forma gratuita. Por último, hay toda una generación espontánea de editores digitales (*pure players*) que las bibliotecas ahora deben tener también en cuenta. Podríamos definir a este editor *pure-player* como un emprendedor que publica libros exclusivamente en formatos digitales para los nuevos dispositivos de lectura.

En un momento en que las industrias de ocio de masas han mercantilizado el libro, son las bibliotecas las que deben salvaguardar los valores patrimoniales y culturales de la lectura en todas sus dimensiones, impresa o digital.

El cuarto nivel de mutación: las lenguas y las literaturas

Existe, por último, un cuarto nivel de mutación, cuyos efectos empiezan a ser visibles ahora y que afecta a las lenguas y a las literaturas. Se refleja en diversos aspectos.

Si hasta el siglo XVI la principal lengua vehicular de la edición manuscrita occidental era el latín, hoy todo parece indicar que el angloamericano internacional se está imponiendo como *lingua franca* de la edición digital. En realidad, la globalización del mercado de productos culturales desmaterializados no permite obtener la más mínima rentabilidad de los contenidos escritos en una lengua nacional. En último término, este imperialismo lingüístico, y por lo tanto cultural, amenaza con afectar a la diversidad de los catálogos de las

“Los niños que se inician con las tabletas no se interesarán espontáneamente por los libros impresos”

“Las bibliotecas deben salvaguardar los valores de la lectura impresa y digital”

“El angloamericano internacional se está imponiendo como *lingua franca* de la edición digital”

bibliotecas digitales. Preservar y ampliar los fondos en las distintas lenguas nacionales o, dicho de otro modo, participar en la salvaguarda de las lenguas en peligro de extinción es hoy otra de las misiones de las bibliotecas.

Pese a la disparidad de las cifras, se estima que existen más de 6.000 lenguas en el mundo y, según la Unesco, la mitad de ellas podría desaparecer a lo largo de este siglo (Informe Unesco de noviembre de 2004, *Lenguas en peligro*).

Este cuarto nivel de mutación incide directamente en la literacidad, es decir, en la capacidad para el tratamiento de la información, y en la literacidad electrónica, puesto que se trata de información digital o transmitida por medios informáticos. Más concretamente, en los últimos años se viene imponiendo el concepto de transliteracidad. La transliteracidad ocupa un lugar central en las culturas de la información y de la documentación, de los medios de comunicación y del entorno digital. Se define como la competencia para leer e interactuar con la pluralidad de tecnologías de la información y de la documentación.

La ausencia de esta nueva competencia genera hoy una forma contemporánea de iletrismo, bautizada a veces como *ilectronismo*, que se caracteriza por la falta de los conocimientos básicos necesarios para utilizar los recursos digitales.

Actualmente, la gran diversidad de prácticas lectoras hace más compleja la adquisición de competencias básicas para los usuarios con dificultades. A la brecha digital, de origen económico, hay que añadir otra brecha que está relacionada con las posibilidades de formación en herramientas digitales.

En mi opinión, esta es justamente una de las nuevas tareas de los bibliotecarios: dominar las competencias informacionales propias de la transliteracidad y ser capaces de acompañar a los usuarios de sus bibliotecas.

Por último, dentro de este cuarto nivel de mutación, vemos también que están apareciendo nuevas formas literarias suscitadas por los nuevos soportes de lectura y de escritura. Pueden adoptar aspectos muy variados, como *fan-fictions*, blogs ficticios, *twitteratura* (literatura según las reglas de la red social Twitter), *works in progress* y escrituras colaborativas, wikis, etcétera, e incluso acercarse al arte digital, a las narrativas transmedias o a los videojuegos.

Las bibliotecas, que a veces enriquecen sus fondos adquiriendo libros de artistas, deberían también incorporar estas creaciones contemporáneas y funcionar en este caso a modo de conservatorios, en un momento en que la permanencia de estas obras exclusivamente digitales se ve comprometida. Algunas, como la Biblioteca Nacional de Francia (BnF) ya están archivando, por ejemplo, blogs de escritores.

El interés de adoptar una perspectiva transhistórica

Después de este breve repaso, parece obvio que asistimos a una revolución, especialmente en el mundo del libro y de la lectura, que va más allá de un simple cambio de soporte, como ocurrió cuando nuestros antepasados reemplazaron las tablillas de arcilla por los rollos de papiro, o de un simple cambio tecnológico, como sucedió al pasar de la copia manuscrita a la impresión tipográfica.

“La forma contemporánea del iletrismo es el *ilectronismo*”

“Aparecen nuevas formas literarias suscitadas por los nuevos soportes de lectura y escritura”

No obstante, imaginar el salto tecnológico que supuso en aquella época pasar de los rollos de papiro a esa forma de libro que denominamos códex nos permite mirar con otros ojos esta era nuestra de los incunables electrónicos y los desafíos que conlleva.

Mirar con perspectiva histórica ayuda a comprender mejor, e incluso anticipar en parte, las nuevas interacciones entre el progreso y la democratización del saber, y las nuevas formas de poder canalizadas sobre todo a través de los nuevos medios de comunicación.

La escritura ha sido tradicionalmente un instrumento privilegiado de poder. Hoy no podemos decir que la autoridad de los textos esté por encima de las libertades individuales. Pero sí que el código digital activo es también un auténtico catalizador. El lenguaje y la escritura siguen siendo más valiosos y estratégicos que nunca para hacerse un hueco y adquirir un estatus en nuestra sociedad. Sin embargo, los dispositivos electrónicos pueden ser tanto instrumentos de emancipación como de control. El bibliotecario, al igual que el usuario, puede controlar las máquinas, en un sentido amplio, o verse controlado por ellas, y de este modo también por los Estados o las multinacionales privadas que las controlan.

Para los pueblos nómadas los contadores de historias eran auténticas bibliotecas vivientes. Todos recordamos la famosa máxima del escritor y etnólogo maliense Amadou Hampâté Bâ: **“En África, cuando un anciano muere, una biblioteca arde”**.

Desde que empezó este siglo XXI de las mutaciones, nos encontramos esporádicamente con bibliotecas humanas, a veces denominadas “bibliotecas vivientes” (*human library*). Parece que esta idea surgió en Dinamarca en el año 2000, para luego extenderse a otros muchos países. El principio consiste en permitir a los usuarios de la biblioteca escuchar cara a cara durante media hora las historias de vida de personas con trayectorias atípicas. Este tipo de iniciativas plantea claramente la necesidad de revivificar la mediación humana en el seno de unas instituciones públicas y de unas sociedades cada vez más informatizadas.

En los orígenes de la especie humana nuestros antepasados se vieron sumidos en un mundo donde nada tenía nombre. Italo Calvino, en su libro *Las ciudades invisibles*, nos devuelve a aquella situación originaria: **“Rara vez el ojo se detiene en una cosa, y es cuando la ha reconocido como el signo de otra: una huella en la arena indica el paso del tigre, un pantano anuncia una vena de agua, la flor del hibisco el fin del invierno. Todo el resto es mudo es intercambiable; árboles y piedras son solamente lo que son”**. Contamos también con una evocación similar en la famosa novela *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez: **“Muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo”**.

A lo largo de los siglos hemos ido pasando así desde una lectura inmersiva de la bibliografía natural del mundo –el descifrado de aquellos primeros tiempos– a una lectura intensiva, y más tarde extensiva. El paso a un estadio de lectura hiper-extensiva ha sido muy reciente, y en los años venideros podríamos entrar en lo que yo llamaría una metalectura inmersiva. Hemos pasado del dedo índice que designa las cosas, al pulgar que escribe mediante teclados virtuales en minipantallas táctiles.

El periodo de lectura intensiva corresponde a una época de copias manuscritas en la que había pocos libros y, por lo tanto, pocas personas que supieran leer. De modo que estos raros lectores leían y releían constantemente un número reducido de obras, casi siempre de contenido religioso o filosófico.

“El lenguaje y la escritura siguen siendo más valiosos y estratégicos que nunca”

“Hemos ido pasando de una lectura inmersiva a una intensiva y más tarde extensiva”

A su vez, el periodo de lectura extensiva corresponde a una época en la que, gracias al impulso de la imprenta, cada vez había más libros y de temas más variados, y también más lectores potenciales. Estos leían generalmente un mayor número de libros, aunque los leían una sola vez. Eran ensayos, libros de pensamiento y de análisis, pero sobre todo, y cada vez con mayor frecuencia, novelas.

El periodo de lectura hiperextensiva sería el de la época en que vivimos. Hay una variedad creciente de textos que reclama nuestra atención, y no solo textos impresos sino especialmente muy textos digitalizados o nativos digitales. Esto sucede independientemente del lugar en que nos encontremos; yo, por ejemplo, veo cada vez más gente en París que lee en su teléfono móvil mientras se desplaza en los transportes públicos.

Por último, el periodo de metalectura inmersiva hacia el que parece que nos encaminamos llevaría a los lectores –aunque sea en un nivel evolutivo superior– a la fase primitiva de lectura inmersiva natural del mundo. Actuará a partir de la convergencia de las aplicaciones de realidad aumentada, del desarrollo del internet de las cosas (objetos conectados), y de la inteligencia universal. Se propagará sobre todo en las zonas intensamente urbanizadas, las megalópolis, para las que ya se habla de una quinta pantalla, después de las del cine, la televisión, el ordenador y los *smartphones*.

En suma, cada uno de los lectores con su entorno específico se convierte así potencialmente en una biblioteca.

“En nuestra época vivimos el periodo de lectura hiperextensiva”

El desplazamiento de la biblioteca hacia los soportes de lectura

Hoy en día, ya seamos estudiantes, profesores, bibliotecarios o simplemente lectores, cada vez somos más los que disponemos de tabletas de lectura, reinscribibles y conectadas, que nos acercan los textos allí donde estemos. Estas máquinas lectoras equipadas con una tarjeta de memoria son capaces de almacenar decenas de miles de libros. Es evidente que los nuevos dispositivos de lectura son bibliotecas en potencia. Ahora bien, ¿tener la capacidad de almacenamiento de una biblioteca significa también tener el mismo nivel de especialización? Obviamente, no.

“Del papel como único soporte hemos pasado a tener al menos cuatro familias de dispositivos de lectura”

Nuevos dispositivos de lectura

Desde el siglo I de nuestra era hasta el final del siglo XX, prácticamente no tuvimos más que una única interfaz de lectura: unas resmas de hojas plegadas, impresas y cosidas entre sí, que formaban libros de múltiples formatos, periódicos o revistas.

Hoy, en cambio, podemos distinguir al menos cuatro familias de dispositivos de lectura.

Citaremos aquí, por orden cronológico de aparición en nuestro entorno cotidiano: los ordenadores, desde los años 1980, y seguidos más tarde por los ordenadores portátiles; desde finales de los 2000, las tabletas de lectura

digital, denominadas en Francia *liseuses* (lectoras) y en los países anglosajones *e-readers* o *readers*, que emplean la tecnología de la tinta electrónica; los *smartphones*; y, por último, las tabletas táctiles con conexión a Internet. Podemos distinguir además otro tipo de soportes con los que también se pueden leer libros electrónicos, como las consolas de videojuegos u otros aparatos conectados.

Estos nuevos soportes están cambiando nuestra relación con los textos, nuestras prácticas lectoras y, con ello, seguramente también nuestra manera de pensar y nuestra visión del mundo.

La tecnología de la tinta y el papel electrónicos establecen una diferencia con la visualización de las clásicas pantallas retroiluminadas, que no son legibles con la luz solar y cansan la vista, y se asimilan más a las condiciones de lectura propias del papel impreso. Aun así, todos estos nuevos dispositivos de lectura requieren todavía mejoras y plantean tres tipos de problemas.

En primer lugar, problemas de *affordance* (potencialidad). La *affordance* es la capacidad natural de un objeto para suscitar inmediatamente su finalidad real en la mente de un usuario potencial. Por ejemplo: si alrededor de usted hay una serie de asientos de diversos tipos, inmediatamente se dará cuenta de que cada uno de ellos es un mueble que sirve para sentarse. Pero cuando tenemos delante una tableta táctil, un *smartphone*, o incluso una pantalla de ordenador, no pensamos espontáneamente en que son dispositivos de lectura, exactamente igual que un libro impreso.

La segunda categoría de problemas se refiere a la ergonomía. Está surgiendo en este momento el concepto de diseño de libros electrónicos, cuyos códigos tipográficos deberán renovarse frente a los soportes impresos convencionales, pero la ergonomía de los dispositivos de lectura todavía es mejorable. Las tabletas han sido diseñadas para realizar una serie de actividades múltiples e interconectadas, más que para su uso específico como lectores de textos.

En tercer lugar se sitúan los problemas relacionados con la obsolescencia programada, de la que todos nosotros venimos siendo víctimas desde los años 1930. La obsolescencia programada abarca todas aquellas estrategias industriales y comerciales destinadas a disminuir artificialmente la vida útil de los productos, acelerando así su ritmo de renovación en el mercado. Es fácil constatar que este tipo de obsolescencia también afecta a los equipos informáticos, incluidas las tabletas digitales.

Para que en los próximos años se consoliden estos dispositivos de lectura, que hoy todavía son poco eficaces y algo decepcionantes si se comparan con los soportes impresos, tendrán que cumplirse tres condiciones. La primera es su aceptabilidad. Se trata de un conjunto de factores que determina el que una nueva interfaz logre hacerse un hueco entre las lógicas de uso ya existentes. Esta aceptabilidad es la que permite que el nuevo dispositivo reciba la aceptación y, en su caso, la apropiación por parte de los lectores. En segundo lugar está la accesibilidad o, dicho en otras palabras, la sencillez y facilidad de manejo de sus interfaces para todos los lectores potenciales. Y por último, la adaptabilidad del dispositivo a la diversidad de entornos y usos existentes, pero se trata también de la adaptabilidad de los lectores, es decir, de su capacidad para ajustar sus prácticas al funcionamiento de las nuevas interfaces de lectura.

En cualquier caso, tendremos que preguntarnos si es oportuno ofrecer estos nuevos dispositivos de lectura móvil en el marco de las bibliotecas.

“Los nuevos soportes están cambiando nuestra relación con los textos y quizá nuestra manera de pensar”

“Aceptabilidad, accesibilidad y adaptabilidad: condiciones para que un dispositivo de lectura se consolide”

Mientras que la disponibilidad de numerosos terminales informáticos para la consulta de la web, para la búsqueda en los catálogos, así como para acceder a un amplio abanico de bibliotecas digitales, sí parece necesaria y justificada, el préstamo a domicilio de tabletas de lectura con varios cientos de libros en su interior puede parecer, en cambio, una auténtica aberración, sobre todo ahora que un número cada vez mayor de usuarios dispone de tabletas digitales en su casa.

Es verdad que, hasta no hace mucho tiempo, este tipo de iniciativas servía para sensibilizar a los propios bibliotecarios sobre las nuevas herramientas de lectura y sobre su manejo, y también para informar de su existencia a los propios usuarios. Pero hoy en día esta clase de proyectos no suele ser más que un gesto intencionado de modernidad por parte de los cargos políticos.

Es importante que las bibliotecas no se dediquen simplemente a reproducir con los contenidos digitales los procedimientos que utilizaban con los impresos. Una tableta de lectura no es un libro, sino una biblioteca portátil. Limitar el préstamo a unos cuantos ejemplares de un libro electrónico (*ebook*) y por un periodo determinado (ficheros cronodegradables), como si se tratara de un ejemplar impreso único, carece de sentido. ¡Hay que inventar nuevos modelos!

Se inauguran nuevas bibliotecas mientras cierra sus puertas un número creciente de librerías. Claro que esta es una apreciación general que conviene relativizar, pero refleja sin duda una realidad y ha de ser motivo de aliento. Eso no significa que las bibliotecas no tengan dificultades, o que los bibliotecarios no deban esforzarse por adaptarse a las nuevas circunstancias de producción, difusión y conservación de los documentos escritos. Lo que revela más bien son los problemas a los que están teniendo que enfrentarse los libreros.

Nos gustaría recordar simplemente que la actual clasificación de los oficios del libro es un hecho reciente dentro de la historia de la escritura, cuyos primeros indicios habrían aparecido hacia el año 3300 antes de nuestra era.

Montaigne en sus *Ensayos* utiliza el término 'librería' para referirse a su biblioteca, y hace mucho tiempo a los catálogos se les llamaba bibliotecas.

El impacto de la era digital en las bibliotecas

Esta revolución, que hemos intentado caracterizar aquí a grandes rasgos, tiene efectos innegables en las bibliotecas y en su funcionamiento diario.

Vamos a enumerarlos muy brevemente:

- Una constante y necesaria reevaluación de los vínculos entre obras impresas y digitales;
- Una clara evolución en las relaciones con los usuarios (como veremos a continuación);
- Una reorientación desde la gestión de las colecciones hacia la producción de contenidos (cada vez más los usuarios esperan que la función prescriptiva de la biblioteca se refleje en la producción de documentos digitales informativos por parte de los bibliotecarios, como por ejemplo, bibliografías temáticas o dossieres documentales);
- La aparición de nuevos perfiles profesionales, relacionados, por ejemplo, con la vigilancia informacional en la web, la búsqueda y validación de contenidos digitales, la dinamización de grupos en las redes sociales, etcétera.

“Una tableta de lectura no es un libro, sino una biblioteca portátil”

“Los usuarios de la biblioteca esperan documentos digitales informativos por parte de los bibliotecarios”

Este contexto general es tan apremiante que genera por sí mismo, es decir, sin que exista inicialmente una voluntad institucional o política, una serie de cambios en las tareas de los bibliotecarios y diversas modificaciones que afectan a los propios espacios físicos y a la finalidad para la que han sido diseñados.

Nos referiremos a ello con más detalle en la segunda parte de este análisis, que podemos ya sintetizar así: la automatización informatizada del trabajo de los bibliotecarios está desplazando el centro de gravedad de sus funciones desde la gestión de las colecciones a la mediación con los diferentes públicos. Y esto es, en nuestra opinión, positivo.

De hecho, cuando el dispositivo de lectura es en sí mismo una biblioteca, cabe preguntarse dónde se sitúa entonces el bibliotecario y qué tipo de funciones puede seguir desempeñando.

“La automatización informatizada está desplazando el centro de gravedad de las funciones de los bibliotecarios”

Reinventar la biblioteca en nosotros mismos

Por primera vez en la historia de la humanidad, y cada vez con mayor frecuencia, existen bibliotecas que carecen ya de realidad arquitectónica en nuestro territorio físico. La revolución digital ha puesto también en tela de juicio la geografía a la que estábamos acostumbrados: la puesta en común instantánea de las informaciones, la geolocalización, los servicios del tipo *Google Earth*, entre otros, están modificando nuestros puntos de referencia tradicionales. Nuestros mapas mentales de lo que es “la biblioteca” rebasan ampliamente los límites marcados por las estructuras materiales de las bibliotecas ancladas en la realidad. Desde hace ya varias décadas, a esta finitud espacial de la biblioteca física se suma también la ilusión de infinitud que aportan sus extensiones virtuales, compuestas en realidad por series de datos codificados en discos informáticos y custodiados en los denominados *data centers*, una especie de “bibliotecas de bibliotecas” de nuevo cuño en las que no hay ni bibliotecarios ni lectores. Las bibliotecas físicas y las bibliotecas virtuales todavía se distinguen claramente unas de otras, pero ¿seguirá siendo así?

Hoy ya no se trata de almacenar y de catalogar, sino de cartografiar y enlazar.

Los primeros ordenadores se diseñaron a partir del modelo de las bibliotecas. Como prueba de ello, conservamos los bocetos del proyecto *The Memex*, concebido en 1945 en el MIT (Massachusetts Institute of Technology) por Vannevar Bush. Bush diseñó un ordenador completamente ficticio, cuyo nombre respondía a la contracción de *memory extender*, como si se tratara de un dispositivo para ubicar y enlazar documentos. A partir de 1934, el visionario belga Paul Otlet trabajaba ya en la creación de una red y de un sistema de cooperación internacional entre las bibliotecas y los bibliotecarios, un proyecto que desembocó en el Mundaneum de Mons, en Bélgica.

Desde una perspectiva transhistórica, debemos ser conscientes de que ya contamos en realidad con una auténtica prehistoria de la biblioteca y del libro digitales. De una manera muy somera, podríamos situar sus comienzos en el verano de 1971 con el primer texto digitalizado por Michael Hart, del que hemos hablado en la introducción. Citaremos también el proyecto *DynaBook*,

“La prehistoria de la biblioteca digital se remonta a los trabajos de Paul Otlet, en 1934”

de 1972, obra de Alan Kay en el XEROX PARC (*Palo Alto Research Center*), la invención en 1977 de la tinta y del papel electrónicos (*e-ink/ e-paper*) por Nick Sheridan, desarrollados por Joseph Jacobson en el MIT durante los años 1990. Señalaremos además las primeras ediciones digitales aparecidas en 1991 en los EE.UU. (ediciones Voyager con los *expanded books* en disquetes), el primer editor digital francés en el periodo 1998 a 2004 (OOHOO ediciones), y los primeros intentos realizados en los EE.UU. y en Francia a partir de 1998 para comercializar nuevos dispositivos de lectura (*Rocket eBook, SoftBook, Gemstar, Cybook* de Cytale...), seguidos por las ediciones en CD-Rom y por la aparición en 2004 de la primera tableta de tinta electrónica en Japón (el *Librié* de Sony).

Todo este pasado está, sin duda, repleto de experiencias enriquecedoras; pero lo que hoy necesitamos es invertir este modelo del ordenador diseñado a imagen y semejanza de una biblioteca y pensar más bien en las bibliotecas del siglo XXI como si fueran superordenadores.

En sus obras literarias, Jorge Luis Borges, Alberto Manguel o Umberto Eco ofrecen nuevas pistas que podrían ayudarnos a encontrar en la plasticidad de lo imaginario algunas estrategias de supervivencia o, dicho de otro modo, posibilidades de futuro que no solo sean quimeras.

Entre la santuarización y la mutación, las bibliotecas deben optar por ambas vías.

A este respecto, podemos distinguir actualmente tres grandes modelos de biblioteca:

- El primero, las bibliotecas físicas;
- El segundo, las bibliotecas físicas replicadas en una versión digital en la web y en los terminales móviles;
- El tercero, las bibliotecas exclusivamente digitales, sin ningún tipo de existencia material en el territorio.

Nos atreveríamos a decir que se trata de bibliotecas fantasma. Tanto los bibliotecarios como los usuarios que las utilizan, a veces simplemente como portales de internet, deben adaptarse a este modo de existencia. Sin embargo, plantean a las bibliotecas físicas una serie de interrogantes muy básicos, como por ejemplo los días y horarios de apertura. En realidad, los datos grabados de estas bibliotecas quedan almacenados en unos "discos duros". No están en el vacío, ni en el infinito, ni mucho menos en una "nube" (*cloud computing*). Los únicos que terminan siendo fantasmas en estas bibliotecas son los humanos, tanto los bibliotecarios como los demás usuarios.

En cuanto a las bibliotecas físicas que han desarrollado servicios virtuales, podrían verse forzadas a cumplir con una doble misión a todas luces contradictoria y que no les va a facilitar la percepción de los retos. Por un lado, deberán desarrollar una oferta de actividades que atraiga a los usuarios al edificio de la biblioteca y, por otra, ofrecer servicios en línea para evitar que dichos usuarios tengan que desplazarse.

Aun adoptando un enfoque transhumanista, salta a la vista que los bibliotecarios no pueden convertirse en seres suprahumanos omniscientes, en divinidades. En las bibliotecas universitarias, sobre todo, el bibliotecario no puede tener el mismo nivel de erudición en determinados temas que los estudiantes, los doctorandos y los profesores. En cambio, sí debe ser un especialista de la información y de la documentación. No podrá ser experto en todo,

“Hay que pensar en las bibliotecas del siglo XXI como superordenadores”

“El bibliotecario no puede convertirse en un ser erudito suprahumano sino ser especialista de la información y de la comunicación”

pero necesariamente deberá serlo en metodología. También tendrá que saber gestionar las herramientas básicas de ofimática y de navegación por internet, y conocer el mundo del software libre.

Hay que reconocer que el libro, bajo la forma del *codex*, es un dispositivo casi perfecto. Por eso sigue estando omnipresente en esa biblioteca imaginaria que todos llevamos dentro. Bajo la apariencia primitiva de unas simples cuartillas apiladas, la verdadera fuerza del *codex* está en realidad en el pliegue, en el plegado de esas hojas para formar cuadernillos de páginas..., es decir, en su articulación.

Hoy en día, ante la acumulación creciente e incesante de documentos digitales, sentimos precisamente la necesidad imperiosa de articular de un modo útil todas las informaciones de las que esos documentos son simples contenedores.

Los bibliotecarios no pueden limitarse a tareas puramente archivísticas, acumulando ficheros como si estuvieran apilando libros, sino que deben ser especialistas en la mediación. Construir puentes. Ser transmisores.

En lugar de centrarse en la acumulación y en la salvaguarda de los documentos, tendrán que adaptarse a las nuevas prácticas de los usuarios, caracterizadas por:

1. la movilidad;
2. la conexión;
3. la descarga de contenidos.

Estas tres tareas prioritarias no significan en modo alguno que los usuarios sepan encontrar por sí mismos lo que buscan, ni que busquen la información que realmente necesitan.

Así pues, los bibliotecarios deben adaptarse a las nuevas condiciones de producción de la información y a sus efectos negativos, que podríamos sintetizar así:

1. una sobrecarga informacional;
2. la repetición de determinadas informaciones que ocultan otras, debido sobre todo a los blogs que replican los contenidos de otros como si fueran loros, a las "granjas de contenidos", dedicadas a aumentar artificialmente el tráfico en los buscadores y en los canales publicitarios, y al exceso de publicaciones en muchos sitios web y blogs para conseguir de este modo seguir indexándose en los resultados de los buscadores.
3. la disolución de la mediación y de la prescripción en algoritmos y fórmulas operativas que los ordenadores traducen en programas, por ejemplo para dirigir al lector hacia un determinado género de libros, y que hacen imposible cualquier tipo de serendipia.

En resumen, los bibliotecarios deben ser capaces de adaptarse a las nuevas exigencias del contexto en el que trabajan: saber fijar el origen exacto de un documento electrónico, datar el momento en que se ha subido a la web y validar la calidad de la información que ofrece, indexarlo, etcétera. Tendrán que ser capaces de actualizarlo e incluso convertirse ellos mismos en productores de contenidos asociados (listas de enlaces, bibliografía digital...).

“Construir puentes, ser transmisores, he ahí la nueva misión de los bibliotecarios”

“Los bibliotecarios deben ser capaces de adaptarse a las nuevas exigencias del contexto en que trabajan”

En este contexto, la formación –inicial o permanente– de los bibliotecarios a lo largo de su carrera constituye obviamente un reto fundamental. Solo así conseguirán desarrollar su misión y formar también a los usuarios en esta verdadera reinención de la biblioteca.

Del hipertexto al hiper-lugar

Existe una gran diversidad de bibliotecas. Las hay municipales, regionales o nacionales; unas son asociativas, generalistas o especializadas, con fondos documentales específicos, destinados al gran público o a los universitarios, y las hay también que están ubicadas en entornos particulares, como por ejemplo los recintos hospitalarios o carcelarios. Hay bibliotecarios profesionales y los hay voluntarios, estudiantes en prácticas o profesores documentalistas que ejercen en las bibliotecas. Sin embargo, todavía perdura la idea de una biblioteca central, centralizadora, aun cuando en esta época de redes y de funcionamiento reticular tendríamos que avanzar más bien hacia un modelo de bibliotecas compartidas, capaces de adoptar sucesivamente formas diferentes o de albergar otros terminales, como son los servicios municipales o asociativos. En este nuevo orden de cosas podemos señalar, más allá de los modelos convencionales, otros modelos de biblioteca para la década 2010-2020:

“Hay que avanzar hacia un modelo de bibliotecas compartidas”

La biblioteca inclusiva

Su objetivo es la inclusión de los diferentes públicos a todos los niveles. Eso significa, por ejemplo, estar en condiciones de acoger a usuarios con discapacidad en espacios específicos y con un acompañamiento personalizado. Supone también la inclusión ciudadana de los usuarios con dificultades sociales (solicitantes de empleo, personas que buscan formación, personas sin domicilio estable, etcétera), además de la inclusión multicultural, con fondos adaptados a los orígenes étnicos y culturales de los usuarios. Cabe mencionar, por último, la inclusión digital de los lectores, brindándoles acceso gratuito al material y a los recursos electrónicos, así como a la formación básica para la búsqueda de informaciones.

Bajo este último aspecto podríamos contemplar también una posible evolución de las actuales bibliotecas hacia los *Learning Centres*, centros abiertos de aprendizaje, basados en la adquisición de metodologías de trabajo y en el desarrollo de la autonomía de los usuarios.

La biblioteca como tercer lugar

Este concepto de *third place (library)* lo desarrolló en los años 1980, en Florida, un profesor de sociología urbana, Ray Oldenburg. Otro sociólogo, Robert Putnam, lo aplicó después a las bibliotecas. Se trata de organizar las bibliotecas como tercer lugar, un lugar público, activo y comunitario, que complementa al domicilio y al lugar de trabajo. Sin embargo, la gran diversidad de iniciativas y de dinamizaciones para atraer al público puede generar fácilmente algunas derivas.

En este sentido, parece más pertinente y amena la introducción de *Fab-labs (fabrication laboratory)* o de *Bibliobox* (dispositivo que permite acceder a

“Se trata de organizar la biblioteca como un lugar público, activo y comunitario”

recursos electrónicos libres y compartirlos con otros usuarios sin conexión de internet) para volver a considerar las bibliotecas como espacios comunes de prácticas compartidas en torno al mundo digital y de la lectura.

Las bibliotecas alternativas

Cabe también señalar el creciente número de bibliotecas efímeras y extramuros, que surgen con motivo de manifestaciones o periodos concretos, como las bibliotecas de playa, por ejemplo, o las bibliotecas humanas, que hemos mencionado antes, o el movimiento internacional de las *little free libraries*, cercano al movimiento del *bookcrossing* y que emplaza a la ciudadanía a desarrollar prácticas no mercantilistas de libros compartidos.

“Patrick Bazin:
las bibliotecas
siempre han sido
hiperlugares”

Bibliotecas sin libros

Son bibliotecas de recursos digitales sin documentos impresos. Podemos mencionar entre ellas la Biblioteca de ingeniería de la Universidad de Stanford, la de la Universidad de Texas San Antonio, o la Biblioteca del Wellington College de Berkshire, en Inglaterra.

La biblioteca como hiper-lugar

Este modelo, todavía en estado embrionario, nos parece, sin embargo, el más adecuado para lograr que las bibliotecas perduren a lo largo de este siglo.

Tomaré prestado el concepto de hiper-lugar a Patrick Bazin, director de la Biblioteca Pública de Información del Centro Pompidou (BPI) en París. En una entrevista concedida en mayo de 2012 a la revista *Livres Hedbo* decía lo siguiente: “Tendría más sentido hablar de hiperlugar, igual que hablamos de un hipertexto o de un hipermedia, es decir, de una estructura compleja, multidimensional. En cierta medida, las bibliotecas siempre han sido hiperlugares”.

La web unidimensional es un ente contra natura. Es cierto que la web tradicional encierra una cantidad importante de documentos, a veces muy valiosos y de gran interés. Además, ofrece a todo el mundo la posibilidad de acceder a ellos desde cualquier punto del planeta gracias a una simple conexión de internet. Como contrapartida, limita, en cambio, y empobrece la riqueza de los contactos que podríamos establecer directamente de humano a humano. Navegar por internet es una experiencia solitaria.

Conectarse a una biblioteca digital sigue siendo todavía una experiencia bastante más pobre, en el plano sensorial e intelectual, que acceder físicamente en una biblioteca real.

En efecto, las bibliotecas digitales no pueden equipararse ni con la diversidad de los catálogos reales de las bibliotecas ni con la experiencia humana de llegar físicamente a una biblioteca, de buscar y consultar en ella determinadas informaciones en presencia de los bibliotecarios y de otros usuarios. A una biblioteca digital tampoco se puede acudir en pandilla, como suelen hacer espontáneamente los estudiantes. Por otro lado, los internautas lambdas se sienten en ellas abrumados por la gran masa de informaciones y por las estrategias comerciales de los motores de búsqueda, cuyas funciones avanzadas no saben utilizar; por lo tanto, se ven privados del acceso a los tesoros ocultos de la web y solo consultan en masa los sitios mejor indexados, precisamente porque estos son también los más consultados.

“Todavía es una
experiencia más
pobre conectarse
a una biblioteca
digital”

Para lograr elaborar formas verdaderamente nuevas de mediación digital en torno al libro y a la lectura, habría que conseguir enriquecer la experiencia de los internautas dándoles la posibilidad real de intercambiar y compartir las informaciones desde el momento mismo en que se conectan a las bibliotecas digitales. Haría falta un verdadero *co-browsing*.

Con este fin, existe ya la web 3D inmersiva en software libre (opensimulator), aunque todavía se ha experimentado poco. Permite utilizar los recursos y herramientas colaborativas web 2.0 en un espacio digital de tres dimensiones, en cuyo seno los internautas encuentran sus propias referencias espaciotemporales y pueden establecer intercambios como si estuvieran en un entorno físico.

Esta solución permitiría esquivar las tecnologías relacionales de la web, en particular las redes sociales y las herramientas colaborativas, para iniciar a distancia nuevas formas de mediación digital en torno al libro y a la lectura pública.

Estamos en una encrucijada de caminos y es de vital importancia dejar de pensar lo real y lo digital como si fueran dos entidades separadas. Ambas cohabitan. Se fusionan.

Todos los lectores de novelas saben por propia experiencia que –como nos muestra Don Quijote– lo real no es impermeable. Lo real es permeable a lo imaginario y, por lo tanto, a las nuevas mitologías contemporáneas de la biblioteca.

En este concepto de biblioteca como hiper-lugar, lo importante está en el guión. Me refiero al guión entre el hiper de los hipervínculos de los hipertextos y aquellos lugares en los que se ejerce, se practica y se vive la mediación humana.

Sobre los lectores en el espejo del universo

Los lectores, que cada vez más son también internautas o internautas móviles experimentados, no reivindican sus derechos. Más bien adoptan estrategias elusivas que los van alejando progresivamente de las librerías y de las bibliotecas. Aprenden a conformarse con su propia pericia informática, por ínfima que sea.

Si dudamos de que los lectores vayan a ir el día de mañana a las librerías para descargar libros electrónicos en terminales informáticos, o a comprar tarjetas con las que leer los códigos de descarga, podemos, y también debemos, preguntarnos lo siguiente: ¿por qué razón los lectores iban a seguir viniendo a las bibliotecas?

La respuesta no es evidente. Según los lugares y sus peculiaridades, observamos un descenso, un mantenimiento y, a veces, un ligero aumento de las visitas. En general, las bibliotecas continúan siendo visitadas por los lectores, pero estaríamos provocando su huida si permanecemos anclados en el siglo XX, si seguimos aplicando, por ejemplo, a los contenidos digitales las reglas de préstamo de los documentos impresos en cuanto a número de ejemplares disponibles o al límite del préstamo. Con las herramientas digitales los lectores se han vuelto autónomos.

“Hay que dejar de pensar que lo real y lo digital son dos entidades separadas”

“¿Por qué razón los lectores seguirían acudiendo a las bibliotecas?”

Los derechos de los lectores

Ante el derecho al comercio, e incluso el derecho de autor, tenemos que reconocer que también los lectores disfrutan de derechos. ¿Se puede considerar al lector simplemente como alguien que compra o que toma libros prestados, como un consumidor o un usuario pasivo? La respuesta es no.

Este reconocimiento de los derechos de los lectores sigue los pasos de Víctor Hugo, quien, en su discurso de inauguración del Congreso Literario Internacional de 1878 declaró: “El principio es doble, no lo olvidemos. El libro, como libro, pertenece al autor, pero como pensamiento, pertenece –y la palabra no es exagerada– al género humano. Todas las inteligencias tienen derecho a él”.

Citaré a continuación trece derechos fundamentales. En mi opinión, los bibliotecarios deberían ser sus principales garantes y defensores frente a un comercio del libro que, en esta era digital, se arriesga a caer en brazos de las poderosas industrias culturales que controlan el mercado del ocio.

Muy resumidamente estos derechos son:

1. Derecho a no ser incluido en una ficha o perfil en función de su historial de lecturas, lo que contradice las prácticas habituales de determinados vendedores on-line y de los denominados sistemas operativos propietarios.
2. Derecho de acceso libre y gratuito al dominio público.
3. Derecho a una oferta de dispositivos e interfaces de lectura permanentes, con una obsolescencia programada no abusiva.
4. Derecho a elegir la lectura en versión digital o en versión impresa, independientemente del título y del autor seleccionados.
5. Derecho a ser informado en su propio idioma sobre las transformaciones del libro y de su comercialización, lo que contradice la saturación informática y la desinformación del marketing, de los lobbies y de las corporaciones profesionales.
6. Derecho a la propiedad de los libros electrónicos adquiridos o regalados, lo que significa tener la posibilidad de formar una biblioteca personal privada e inviolable, y de prestar o donar los propios libros, sin que exista ningún tipo de DRM (*Digital Rights Management*) vinculante.
7. Derecho a la autonomía, sobre todo en relación con las aplicaciones que permiten realizar comentarios y lectura compartida.
8. Derecho a un precio justo, es decir, un precio asequible para el mayor número posible de lectores y con un reparto justo entre autores, editores y libreros independientes, y derecho a rechazar la publicidad en los libros digitales o digitalizados, o en los propios dispositivos y sistemas operativos de lectura.
9. Derecho a igualdad de trato con los lectores de otros países, en particular en lo relativo a los términos de la oferta, a las traducciones, y en favor de la armonización entre países sobre buenas prácticas en materia de dominio público y de acceso a las obras.
10. Derecho a una mediación humana, y no a meras prescripciones algorítmicas.
11. Derecho a una verdadera bibliodiversidad, lo que contradice cualquier forma de censura, así como el formateo que podemos observar

“El lector no solo es alguien que compra o toma libros prestados pasivamente”

“Los bibliotecarios deberían asumirse en garantes y defensores de los derechos de los lectores”

en los fenómenos artificiales de elaboración de “best-sellerización” y en la *world literature* destinada a ser rápidamente consumida en películas y en productos derivados a lo largo y ancho del planeta.

12. Derecho a una oferta de calidad, lo que raramente sucede en el caso de los libros digitalizados, que contienen errores de reconocimiento de caracteres en el escaneado, y cuyos textos no siempre están corregidos ni formateados correctamente, o en ocasiones ni siquiera han sido objeto de validación por la editorial ni recibido la atención suficiente, especialmente en el caso de los textos autoeditados. Este derecho implica asimismo el respeto a la integridad de la obra original y a la interoperabilidad de los ficheros digitales.
13. Idénticos derechos de acceso a los textos para todos los lectores, lo que significa respetar los doce derechos precedentes, independientemente de la discapacidad concreta, sobre todo visual o motora, que pueda sufrir el lector.

Conviene tener en cuenta que entre los usuarios de las bibliotecas hay auténticos lectores apasionados. Ellos son los portadores de su propia biblioteca imaginaria, a la que cada nueva lectura les aproxima. La biblioteca real debe seguir siendo para ellos una rendija del mundo, una ciudad sumergida, un nuevo universo que explorar.

“El poder de los lectores –nos recuerda Alberto Manguel en su ensayo sobre las bibliotecas, que citamos literalmente– radica no en su habilidad para reunir información ni en su capacidad para ordenar y catalogar, sino en sus dotes para interpretar, asociar y transformar sus lecturas”. De ahí la importancia que tiene la mediación humana de unos bibliotecarios bien formados y conocedores de su misión.

La mediación es capaz de hacer que brote lo comunitario en este espacio público paradójico, dedicado a priori a una actividad solitaria como es la lectura.

Regenerar la mediación humana

Antes de terminar quisiera recordar algo obvio: la cuantía de los datos almacenados (*big data*) en ningún caso puede prevalecer sobre la calidad de las múltiples relaciones humanas, no solo entre bibliotecarios y lectores, sino también entre los bibliotecarios y entre los usuarios.

El reto al que nos enfrentamos es el de actualizar la biblioteca imaginaria, la utopía de una biblioteca libre y universal, de la que cada biblioteca real es, en mayor o menor medida, la matriz.

La biblioteca del siglo XXI, como quiera que sea, debe poder conectarse de una u otra manera a la biblioteca mental que habita (que frecuenta) cada lector.

La web, como espejo del universo, parece haber vencido a la biblioteca. La utopía de una biblioteca universal, ya lo hemos mencionado antes, parece concretarse en ella desde el momento en que los límites virtuales de esta empresa digital podrían coincidir potencialmente con los límites indefinidos del universo. Sin embargo, sin la presencia de lo humano, esto solo será un puro engaño.

“Los lectores apasionados son los portadores de su propia biblioteca imaginaria”

“El reto es actualizar la biblioteca imaginaria, la utopía de una biblioteca libre y universal”

El surgimiento de una nueva categoría de ciudadano internauta, que se define como lector liberado de las restricciones impuestas por los soportes tradicionales no reinscribibles y no conectados, está cambiando la situación.

Los bibliotecarios deben seguir el juego.

Como ya hemos reiterado, las bibliotecas tendrán, sin lugar a dudas, un papel decisivo en la apropiación y dominio de lo digital por parte de los ciudadanos.

La única mediación verdaderamente utópica es la humana, en tanto en cuanto se expresa en el no-lugar permanente del ser, más que en el espacio limitado del tener y de los saberes.

Con la disolución de la “web del ordenador” en la web móvil, en la realidad aumentada y el internet de los objetos, o en la web 3D inmersiva, las bibliotecas del siglo XXI podrían a su vez convertirse en una nueva versión de la web, en tanto en cuanto se la considera con demasiada frecuencia una nueva versión de las bibliotecas.

Pienso que para regenerar la mediación es preciso volver a centrarse en el diálogo y en la conversación, y contemplar la biblioteca en su globalidad, que es lo que yo llamo bibliosfera.

Para ello hay que empezar por articular los distintos tiempos y espacios que componen la relación con la biblioteca. El primer tiempo es anterior a la entrada en la biblioteca física o a la conexión con la biblioteca digital. Es el tiempo de la preparación, de las posibles reservas, etcétera. El segundo tiempo es el de la visita a la biblioteca o el de la conexión a distancia. Es el momento de los intercambios, del acompañamiento, de las búsquedas, de los hallazgos... Por último, el tercer tiempo sigue lógicamente al segundo, y es el que fideliza y anima a repetir la experiencia en función de los beneficios obtenidos. Es necesario además articular los tres espacios, el de la biblioteca física al de la biblioteca digital con sus servicios móviles, y por último al de la biblioteca mental de cada uno.

El futuro de la biblioteca no puede ser su pasado.

No hay que seguir considerando a los usuarios como usuarios, sino como lectores y, sobre todo, como buscadores activos.

Los bibliotecarios no deben seguir reproduciendo los mismos procesos del impreso en la escala de los flujos digitales.

En su novela titulada *El último lector*, el novelista mexicano David Toscana juega con el personaje de un bibliotecario realmente ejemplar, puesto que busca en los libros, en la literatura y en la ficción las claves para descifrar el mundo.

Con idéntica ambición y perspectiva entiendo yo la bibliosfera como una declinación natural de la biosfera, la esfera dinámica del ser vivo que, por su propia naturaleza, necesita leer, descodificar y documentar su entorno para lograr sobrevivir en él.

Para hacer realidad la bibliosfera es preciso que los bibliotecarios se liberen de las ataduras del libro impreso y se impliquen personal y colectivamente en el ecosistema digital global que está naciendo.

Esta biblioteca utópica, concentrada en los hiper-lugares, será seguramente tan omnipresente como omnisciente. Estará presente allí donde exista un bibliotecario conectado y consciente de la importancia de su misión.

Para hacerla realidad necesitaremos a partir de ahora hacer gala de una ambición y una imaginación renovadas.

“Los bibliotecarios deben seguir el juego al ciudadano internauta”

“Para hacer realidad la bibliosfera los bibliotecarios deben liberarse de las ataduras del libro impreso”

